



Barra de Coyuca

Manuela Sáenz en la emancipación de Hispanoamérica

♦ Araceli Barbosa

A más de doscientos años del natalicio de Manuela Sáenz, se impone una breve semblanza sobre la importancia histórica de esta figura en la gesta independentista de América del sur.

Desde una perspectiva de género, la historia androcéntrica, escrita a partir del punto de vista de la cultura dominante, debe ser cuestionada y superada, toda vez que ha omitido la relevante participación de las mujeres en la historia.

Ciertamente, la inaceptable exclusión de las mujeres de la historia demanda la ingente tarea de activar una historiografía incluyente que supere esta visión parcializada.

En el caso de la historiografía americana, resulta más que evidente la omisión del papel de la participación femenina en los procesos históricos. Mención especial merecen aquellas mujeres que, como Manuela Sáenz, han sido suprimidas de la historia oficial por transgredir los valores de género de la cultura hegemónica.

A partir de su incursión en la vida del prócer de América, Simón Bolívar, el papel que jugó Manuela Sáenz como la mujer que se unió al libertador, sin más ley que la que dicta la libertad de acción y autonomía, bastó para activar la misoginia de los historiadores y biógrafos que, en su afán por conservar la imagen inmaculada del semidiós, no du-

daron en borrar todo hecho histórico que la involucrara con el héroe. La historiografía oficial recurrió a estrategias tan abominables como la destrucción de los documentos que testificaban la veracidad de esta relación.

Víctor W. von Hagen, uno de los historiadores más objetivos sobre la vida y obra de Manuela Sáenz, en su detallado estudio refiere cómo se perpetró esta conspiración histórica: “Manuela Sáenz, por decisión de los historiadores, tuvo que hacer sitio al mito. Se suprimieron oficialmente todos los detalles de su vida, desaparecieron los documentos que la mencionaban y ella tuvo que vivir sus últimos años en la oscuridad de Paita. Durante más de medio siglo, los historiadores mantuvieron un acuerdo de caballeros: Manuela no debía ser mencionada nunca. En 1897, el acuerdo de caballeros quedó abrogado por la publicación de las *Memorias de Jean-Baptiste Boussingault*, el hombre de ciencia francés. Era un hombre que había conocido personalmente a Manuela, que estaba muy al tanto de los motivos secretos de la fama de esta mujer. Y no había sido un viajero corriente. Pertenece a la misión francesa que fue a Colombia en 1822 y permaneció en el país diez años. Había ido con una carta de presentación de Humboldt para Bolívar. Era un gran hombre de ciencia, un autor de renombre, un profesor de la





Sorbona y un miembro de la Academia de Ciencias de Francia”.¹

La presencia de Manuela Sáenz en la vida del libertador de América enfureció a más de uno. Así, Antonio Guzmán Blanco ordenó quemar las cartas de Bolívar a su amada Manuelita, para que este capítulo en la vida del héroe no apareciera en las *Memorias* escritas por Daniel Florencio O’Leary con motivo del primer centenario del nacimiento de Bolívar. Venezuela no publicaría este episodio con la amante adúltera. En 1949 se repetía la depuración, con fuego, de la memoria de Manuelita; esta vez Augusto Mijares, ministro de educación, mandó arrojar al fuego las *Memorias* de Boussingault, en las que testifica la relación amorosa entre Bolívar y Manuelita.

De espíritu subversivo y libertario, Manuela Sáenz manifestó su pasión por la política y la causa independentista de la América española a lo largo de su vida. Desde la perspectiva de género, la figura de esta excepcional mujer deviene conspicua dentro de la historiografía americana, no sólo por su relevante participación en la gesta independentista que la llevó a relacionarse e involucrarse ideológicamente y sentimentalmente con el libertador de América, sino porque constituye el testimonio histórico de aquellas mujeres que, al superar sus propias circunstancias históricas y de género, legitiman su derecho a la autonomía de pensamiento y acción.

Manuelita Sáenz, como también se le conoce, nació en Quito, Ecuador, el 27 de diciembre de 1797. Hija ilegítima del español Simón Sáenz y de la criolla María Joaquina de Aizpuru, su biografía oscila entre el mito, el oprobio y la grandeza.

Desde su origen quedó marcada por el estigma de la bastardía: “En la noche de Santo Tomás, en la semioscuridad del cuarto de luna, la criatura, envuelta en un fino mantón de delicados flecos, fue llevada al rector de la iglesia de una parroquia de la periferia quiteña, quien procedió a bautizarla... ‘El 29 de diciembre de 1797 bauticé solemnemente a Manuela [...] nacida dos días antes, una criatura espuria cuyos padres no son nombrados’”.²

Don Simón, fiel a la tradición patriarcal que practicaba la doble moral, la condenó al oprobio de la intolerante sociedad colonial. Y, como en toda sociedad patriarcal que avala los valores de género de la cultura hegemónica, la condena social no recayó en don Simón, sino en Manuela y su madre.

En los años de su infancia tuvo como fieles compañeras a dos esclavas negras, Jonatás y Nathan, que le fueron incondicionales hasta que la muerte las separó.

Cuando en 1809 estalló en Quito el primer movimiento revolucionario, Joaquina se puso francamente del lado de los rebeldes, y con su hija vio desfilar impasible, en dirección a las cárceles, a

¹ Víctor W. von Hagen, *La amante inmortal*, México, Diana, 1972, p. 333.

² *Ibid.*, p. 26.

centenares de españoles, entre quienes figuraba su amante, el señor Sáenz.

Desde temprana edad Manuela mostró su pasión por la política. A los 12 años participó en las batallas por la liberación de Quito, el 9 de agosto de 1809. A la edad de 17 años Joaquina decidió ingresarla al convento de Santa Catalina para que recibiera una educación acorde a los imperativos de género de la época. No obstante, los muros del convento no pudieron contener la libertad de espíritu de Manuela, ya que al poco tiempo se fugó con el joven oficial Fausto D'Elhuyard para vivir su amor. Desafortunadamente su enamorado la abandonó pasada la euforia de su pasión. Este episodio de su vida la expuso nuevamente a la degradación social.

En 1815, después de este escandaloso incidente, Manuelita abandonó su país para vivir con su padre, quien por entonces residía en la ciudad de Panamá. En esta ciudad conoce al acaudalado naviero inglés James Thorne, veintiséis años mayor que ella, con quien se casó en 1818.

En 1819 el matrimonio se trasladó a vivir a Lima, donde Manuelita accedió al efervescente ambiente revolucionario en el cual colaboró activamente durante todo el proceso que finalmente culminaría con la independencia de Perú, el 28 de julio de 1821.

Su comprometida y valerosa participación le valió el título de *Caballera de la Orden del Sol*, otorgado por el general José de San Martín.

Este hecho que honra su papel en la causa independentista de América, es suficiente por sí mismo

para validar su relevancia histórica; sin embargo, su nombre emerge en la memoria histórica el año de 1822 a raíz de su encuentro con Bolívar. Desde entonces queda identificada como la amante del libertador.

En 1822 Manuelita Sáenz viajó a Ecuador a visitar a su padre. El día 24 de mayo, durante la celebración del triunfo de Pichincha, conoció al general Sucre, al general Juan José Flores y al hombre del que sería compañera, cómplice, devota y fervorosa amante, el libertador Simón Bolívar.

La pasión por la política y los ideales independentistas latinoamericanos los unieron desde el momento mismo en que se conocieron. Un año después, Manuelita se trasladó a Perú para luchar como patriota al lado de Bolívar, quien la incorporó oficialmente a su Estado Mayor. Manuelita vistió uniforme y se autonombró coronela.

Desde el momento mismo en que eligió seguir a Bolívar también decidió no volver con Thorne.

Sin duda, Bolívar encontró en Manuelita a una mujer que rompía con los esquemas de feminidad de la época; una mujer que lejos de hacer concesiones a la feminidad pasiva, débil, sumisa, receptiva, mostraba talento, inteligencia, determinación, audacia, cualidades que, aunadas a su belleza, sensualidad y juventud, la hacían atractiva tanto en el plano intelectual como en el físico. Bolívar encontró una mujer a la altura de sus ideales, que respondió en las gestas independentistas como patriota y como mujer plena y segura de sí misma en las relaciones eróticas. Ella le hizo sentir su incomparable presencia femenina: “me has



hecho idólatra de la humanidad hermosa, de ti, Manuela”.³

Manuelita Sáenz y Bolívar vivieron situaciones límite que los unieron en una relación de incondicional solidaridad y amor. En varias ocasiones Manuelita salvó la vida del prócer, por lo que el propio Bolívar la denominó como “la libertadora del libertador”.

En 1830, muerto ya Bolívar, Manuela sufrió la persecución y el exilio. Murió en Paita, Perú, en el año de 1856, después de que un barco ballenero atracara con un marino enfermo de difteria. El contagio epidémico alcanzó a una de sus esclavas y finalmente a Manuela. Su cuerpo fue enterrado en una fosa común y sus pertenencias incineradas.

Ahora su espíritu libertario, rebelde y enamorado, cabalga ligero por las montañas de la cordillera andina, las planicies, los llanos, las sabanas; se prodiga en los ríos; flota en el aire de Quito, Lima, Colombia, Paita; se perpetúa en la semilla que emerge de la tierra al amparo de la noche y del nuevo día.

Manuela está presente en la poesía de Pablo Neruda, quien recorre la travesía del olvido para recobrarla. En su gran canto poético *La insepulta de Paita*, su delirante, sentida y conmovedora búsqueda la devuelve a la vida a través de la memoria:

La insepulta

En Paita preguntamos
por ella, la Difunta:
tocar, tocar la tierra
de la bella Enterrada.

No sabían.

Las balaustradas viejas,
los balcones celestes,
una vieja ciudad de enredaderas
con un perfume audaz
como una cesta
de mangos invencibles,
de piñas,
de chirimoyas profundas,
las moscas,
del mercado
zumban
sobre el abandonado desaliño,
entre las cercenadas
cabezas de pescado,
y las indias sentadas
vendiendo
los inciertos despojos
con majestad bravía
—soberanas de un reino
de cobre subterráneo—,
y el día era nublado,

³ Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1983, p. 229.

el día era cansado,
 el día era un perdido,
 caminante, en un largo
 camino confundido
 y polvoriento.

Detuve al niño, al hombre,
 al anciano,

y no sabía dónde

falleció Manuelita,

ni cuál era su casa,

ni dónde estaba ahora

el polvo de sus huesos.

Arriba iban los cerros amarillos,
 secos como camellos,
 en un viaje en que nada se movía,
 en un viaje de muertos,
 porque es el agua
 el movimiento,
 el manantial transcurre,
 el río crece y canta,
 y allí los montes duros
 continuaron el tiempo:
 era la edad, el viaje inmóvil
 de los cerros pelados,

y yo les pregunté por Manuelita,
 pero ellos no sabían,
 no sabían el nombre de las flores.

Al mar le preguntamos,
 al viejo océano.

El mar peruano

abrió en la espuma viejos ojos incas

y habló la desdentada boca de la turquesa.⁴

Manuela Sáenz representa el caso de una mujer que manifestó una conciencia de sí misma y de sus circunstancias históricas, revolucionaria e independentista. Su espíritu subversivo la llevó a desafiar los valores de género de su época a riesgo de ser estigmatizada. Se atrevió a ser ella misma y a legitimar su derecho a ser de otra manera de acuerdo a sus convicciones ideológicas, deseos y pulsiones eróticas.

No obstante que la historiografía americana la ha relegado al papel de amante del libertador, ella se construyó una identidad propia y un lugar en la historia de la emancipación de América.

Sin duda la vida y obra de Manuelita y Bolívar consigna la historia de dos seres excepcionales que se mantuvieron fieles a sí mismos, a sus convicciones ideológicas, a sus ideales y a su amor. Lucharon sin claudicar hasta el final de sus vidas por realizar la utopía bolivariana, la emancipación de América y la edificación de la Gran Colombia, la unidad latinoamericana.

⁴ Pablo Neruda, *La inseputa de Paíta*, Losada, Buenos Aires, 1962, pp. 20-22.